

El Eco de Cartagena.

AÑO XVIII.

DIARIO DE LA NOCHE.

NÚMERO 7841.

PRECIOS DE SUSCRICION.

CONDICIONES.

CARTAGENA.—U mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 7'50 id.—EXTRANJERO, es meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—Corresponsales en País para anuncios y reclamos, Mr. A. LORRE, rue Caumartin, 61.—JOHN F. JONES 3, bis rue du Faubourg-Montmartre.—En Londres, 166 Fleet Street E. C.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador.—D. EMILIO GARRIDO LÓPEZ.

Números sueltos 15 céntimos.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIÉRAS. 4.

JUEVES 5 DE ENERO DE 1888.

LO ÚLTIMO

Antes de contestar al comunicado de D. Antonio Vich que inserta en su número del día 3 del corriente nuestro colega *El Amigo de Cartagena*, y que nosotros devolvamos á su autor por no considerarlo pertinente, va á permitirnos nuestro apreciable compañero le hagamos observar, que seguramente no ha leído las defensas que ha hecho *El Eco* á los injustos ataques de la Empresa de Aguas de Santa Bárbara, ó mejor dicho, de su Consejo, con motivo de la polémica á que hemos sido provocados con los continuos escritos del señor Vich; y decimos esto, porque no de otro modo se comprende suponga *El Amigo*, que inconscientemente defendemos intereses bastardos, aquí donde tiene cada empresa y cada particular marcado por la opinión pública, el puesto que ésta ha creído conveniente asignarle.

Sepa de una vez *El Amigo*, que *EL ECO DE CARTAGENA*, perseverando en sus antecedentes nunca desmentidos, no defiende intereses particulares, y si con su modesto esfuerzo, los que considera propios de este pueblo.

Lo que *EL Eco* no ha hecho ni hará jamás, es aceptar con resignación el desairado papel que el Sr. Vich ha pretendido asignarle, en obsequio á los intereses particularísimos de la empresa que representa, y cuyo Consejo cree ver un enemigo, en todo aquel que hace resplandecer la verdad, sin preocuparse de si pueden herir sus fulgores.

Sentado lo que antecede, protestamos de nuevo y seguiremos protestando contra la creencia del Sr. Vich y de cuantos entienden que atacamos á la Sociedad de Aguas de Santa Bárbara; y por sí el Consejo de esa empresa tiene interés en presentarnos ante el público como obstruccionistas de ella, tenga entendido, que contra sus afirmaciones (no demostradas hasta ahora,) están nuestras leales y francas declaraciones, que se deben considerar más desapasionadas que las del Consejo, que á diferencia de nosotros, defiende sus propios intereses.

Vamos ahora á contestar al comunicado del presidente de la Sociedad Santa Bárbara. Nuestros lectores se habrán fijado en que el Sr. Vich no contesta ninguno de nuestros argumentos, y ha tenido en su último escrito (ojalá sea verdad este aserto) que referirse y alterar el contenido de un suelto que *EL Eco* publicó en su número del día 14 de Octubre del pasado año, que en nada se relaciona con la discusión entablada.

Verdad es, que con anterioridad y seguramente para negar nuestra rotunda ratificación á la noticia de que, el señor Bruna presentó un escrito solicitando

del Sr. Alcalde, la paralización de los trabajos que venía practicando la Empresa de Sta. Bárbara, nos obsequió con un comunicado insertando unos análisis de las aguas de Carrascoy, que también hemos probado se hallan desautorizados por los mismos señores que los practicaron.

Pues bien; siguiendo el Sr. Presidente del Consejo de Santa Bárbara esta lógica, nos trae ahora un suelto de *EL Eco*, en que hablábamos del descubrimiento de veneros de agua en la Sierra de Carrascoy; pero si no existe analogía entre el suelto de referencia y la discusión empeñada, tiene, por lo menos, la gracia de hacer incurrir al Sr. Vich en una nueva inexactitud; es decir, que bien puede asegurarse, que el Consejo de Santa Bárbara, por cada comunicado, ha hecho una plancha, como vulgarmente se dice.

Esta última, es monumental. Véase la clase.

Dice el Sr. Vich en su escrito:

«A continuación de las aclaraciones ó suposiciones que hizo la comisión al analizar las aguas de Carrascoy en 12 de Enero 1880 pudiera V. haber insertado el presupuesto de las obras de iluminación formado el 20 de Octubre de 1872 por el ilustrado y laborioso ingeniero jefe D. José Baldasano, cuyo importe tan solo para la iluminación asciende á 350.000 pesetas, cuya cantidad comparada con la que V. señaló de menos de mil pesetas para verificar estas mismas obras en un suelto que tuvo V. á bien publicar no hace mucho tiempo..... » etc., etc.

Ahora, copiamos lo que dijo *EL Eco* en su número del 14 de Octubre de 1887:

«Estos señores, han sido enviados por la Sociedad Francesa que conocen nuestros lectores, habiendo quedado satisfechísimos de su visita, pues que han podido observar, que con un gasto de mucho menos de mil pesetas, se ponen al descubierto veneros que suministran más agua que necesite Cartagena.»

Es decir, que según el Sr. Vich, nosotros hemos señalado en el suelto que antecede, una cantidad menor de mil pesetas para verificar las mismas obras que presupuestó el ingeniero Sr. Baldasano. O el Sr. Vich no entiende lo que lee, ó nosotros no sabemos lo que escribimos; pero nos parece que entre descubrir los veneros y construir obras de gran importancia, como las presupuestadas por dicho Sr. Ingeniero, existe una diferencia tan palmaria, que sólo es dado desconocer al ofuscado Consejo de Sta. Bárbara.

En obsequio á nuestros lectores y por caridad hacia el citado Consejo, que bien la ha de menester en sus discusiones con *EL Eco*, (perdón por la inmodestia) damos por terminada definitivamente esta cuestión.

Variedades.

TRES CORTES REPUBLICANAS.

III

LA DE MR. GREVY.

Fué una coincidencia singular la que hizo que al mariscal Mac-Mahón sucediera M. Jules Grévy. Tuvieron ocasión de encontrarse en las jornadas de Julio de 1830, cuando Mac-Mahón era oficial y Grévy estudiante de derecho, y se cuenta que el primero sorprendió al segundo anunciando una proclama y lo hizo retirarse. Después Grévy, como abogado defendió á los periodistas y conspiradores perseguidos por el Gobierno de 1830, Nombrado comisario del Gobierno provisional en el Jura, de donde era natural, en 1848 fué enviado por dicho departamento á la Asamblea Constituyente. El ardiente diputado se distinguió en ella por una proposición que se hizo célebre. La república que iba á ser fundada por la Asamblea de 1848 no debía tener presidente. En su concepto, la Asamblea debía delegar el poder en el presidente de Consejo de ministros, que ella misma nombraría y destituiría á su placer. M. Grévy mudó después de opinión; pero quién sabe si á estas horas habrá vuelto á pensar como en sus mocedades, pues ha salido de su alto puesto por el mismo procedimiento que se derriba á un presidente del Consejo.

M. Grévy es hombre de talento y de una gran filosofía. Debe su elevación á la preciosa facultad de saber callar á tiempo y á esa elasticidad de inteligencia que sabe adaptarse á las circunstancias. Durante el Imperio volvió al foro, fué elegido decano de la Orden en París y enviado al Cuerpo Legislativo en 1868 por el Jura.

La corrección de su exterior, su cabeza calva, su barba afeitada y sus pequeñas patillas, le daban un aspecto respetable. Ultimamente se ha dejado toda la barba, que lleva muy corta. Lo único reprehensible en él, años atrás, eran el sombrero y las manos. Llevaba siempre un sombrero flojo en lugar de la indispensable chistera, y no usaba nunca guantes. Las malas lenguas pretendían que con esta costumbre se proponía agradar á los radicales.

Cuando la revolución del 4 de Septiembre, se negó á unirse al Gobierno de la defensa nacional, que para ser legal debía, en su opinión, ser nombrado por el país y no por sí mismo. Durante todo el sitio de París repitió lo mismo, y nada de cuanto se hacía era para él constitucional.

Después de la guerra, la Asamblea eligió inmediatamente á M. Grévy como presidente, instalándose éste en el palacio de Versalles, de donde las envidias de partido habían alejado á Mr. Thiers.

Su método de vida no sufrió la menor alteración. En París como en Versalles, se le veía recorrer las calles, pararse delante de los escaparates, comer en los restaurants y entrar en los cafés. Tenía un coupé, pero sólo se servía de él para recorrer grandes distancias. Casi siempre que salía en coche, se le ocurría echar pié á tierra, dando orden al cochero de seguirle, con desesperación del automedonte, que se veía obligado á seguir al paso á su infatigable amo. Su pasatiempo favorito ha sido siempre el billar, ejercicio en el que tiene muy pocos iguales. La pasión que le inspira este juego le impide guardar consideraciones á la persona con quien juega. Cuando era presidente de la Asamblea su más asiduo contrincante era Paul de Cassagnac.

M. Grévy ha pasado sus últimos días de gobierno por un presidente modelo. En una circunstancia tuvo ocasión el mariscal Mac-Mahón de rendir homenaje á la rectitud de su carácter. Habían terminado las elecciones de 1877, que arrojaron del poder al duque de Broglie. Se había formado un Ministerio de transición; pero muchos conservadores excitaban al mariscal para disolver la nueva Cámara y llamar de nuevo al duque al Ministerio, á fin de preparar nuevas elecciones. Hizo llamar á M. Grévy, y le preguntó á boca de jarro:

—¿Queréis ser presidente de la república?

No ambiciono lo más mínimo ese honor, respondió Mr. Grévy.

—Si estuviera seguro de que os eligieran para sucederme, me retiraría; pero no sé lo que sucederá si me voy.

—En mi opinión, dijo Grévy, no debéis retiraros. El único medio constitucional de resolver la crisis es elegir vuestros ministros en el seno de la mayoría. Suceda lo que quiera, tendréis al menos la satisfacción de haber cumplido con vuestro deber.

—Sois un hombre honrado, replicó el mariscal, y quisiera que hubiera muchos como vos.

Y se despidió de su interlocutor sin prometerle seguir su consejo, pero aquel mismo día lo puso en práctica.

M. Grévy es gran cazador, como el mariscal Mac-Mahón; pero en todo lo demás difieren esencialmente. Mr. Grévy ha vivido durante su presidencia sin ostentación, pero no con la modestia de M. Thiers. Tres ó cuatro veces á la semana, un gran número de diputados, artistas y algunos periodistas, entraban libremente en el Eliseo sin preguntar por el presidente ni por su secretario; se dirigían á la sala de armas de M. Wilson, y allí tiraban como si estuvieran en cualquier sala de armas. Al cabo de un rato aparecía el presidente, le saludaban y continuaban como si tal cosa á una invitación suya. M. Grévy daba una vuelta por la sala, hablaba un moment